

# CARA

Por IGNACIO AGUSTI

# Y CRUZ

## un poeta y el poder

**E**N el último poema de Yevtushenko se dice lo siguiente: "Rusia ha cambiado, pero es inútil derramar una lágrima. No estoy seguro de que haya cambiado para bien, y puede ser peligroso decir que lo ha hecho para mal...". Yevtushenko restituye a la poesía su primigenia condición de canción del pueblo. Convertido en juglar, pasea por la plaza pública sus devaneos y lucubraciones. Una enorme multitud le sigue. Esta multitud llenaba los teatros donde declamaba; en la faja de los que le escuchan extasiados se advierte la perennidad del espíritu humano. Tras un esfuerzo colosal del poder por masificar y depurar al hombre de sus sentimientos, basta la voz de un poeta para que éstos asomen de nuevo a la luz. Las fotografías nos muestran el fervor casi religioso que anima a los que, atónitos, escuchan al poeta unas expresiones de amor, de violencia o de ternura. Hay hombres maduros y muchachas jóvenes, militares o campesinos entre los que le escuchan. ¿Es de buena ley la poesía de Yevtushenko? ¿Tiene lo que llamamos "calidad"? No lo sabemos. No podemos guiarnos más que por la luz que pone en los rostros de los que le siguen. Es como un reflejo radiante de oculitos resplandores. Buena, menos buena o mala, esa poesía es una grave consecuencia social. La voz del juglar prende como una llamarada entre los que le escuchan.

Pero el acontecimiento no ha sido cómodo para los dirigentes, para los políticos. Dicen que Yevtushenko "se mete" con el Régimen. ¿Es ello cierto? Pudiera ser, pero en todo caso de forma tan despreñada y solitaria que lo más adverso al Régimen pudiera ser, no lo que dice, sino el hecho mismo de decir. En todo caso, Nikita Kruschef arremetió por su causa sobre las desviaciones de la joven literatura soviética. Esa literatura era un retroceso, una decadencia. Yevtushenko tuvo que renunciar a sus jiras y a sus recitales. Los sucesores de Kruschef han tolerado nuevamente la aparición del poeta en la plaza pública. Pero desde que ha dicho su último poema — "Rusia ha cambiado, pero es inútil derramar una lágrima" — las cosas se han torcido nuevamente. Yevtushenko acaba de ser enviado a cumplir un período de instrucción militar de dos meses, fórmula paternalista y benévola de apartarle de la circulación. El poeta sigue resultando incómodo para los funcionarios.

Lo que se trata de preguntar ante estos episodios es si Rusia, como afirma el poeta, ha cambiado verdaderamente. Esa pugna trivial y un poco anecdótica entre el poeta y el Estado nos retrotrae a las constantes más vivas de la historia de Rusia. Parece que nos hallemos, salvando las distancias, en tiempos de los decembristas; o nos parece que vuelva a sobrevivir la estampa de un Puschkin romántico o la imagen de un Dostoievski, frente al omnipotente poder de los funcionarios y de los tecnócratas. Nos acordamos de las "almas muertas" de Gogol y del fondo que constituye allí un basamento perenne de la sociedad. En el juego entre el espíritu y los moldes estrictos del Estado, no entran para nada las filiaciones ni la circunstancia actual de la política. Es una lucha eterna.

En los orígenes de la revolución, la figura del Zar permanecía incólume. Lo que se interponía entre el pueblo y el Zar eran la caterva de funcionarios que impedían la liberación del pueblo. En "El aislamiento" de Puschkin hay unos versos definitivos: «Veré, ¡oh amigo!, al pueblo por fin liberado — pues un gesto del Zar acabará con la esclavitud». Dostoievski escribía: "Para el pueblo, el Zar encarna al pueblo mismo, sus ideas, su fe y sus esperanzas".

Las relaciones del Zar con el pueblo eran no de amo a esclavo, sino de padre a hijo. Entre ambos, a juicio de los intelectuales, se había interpuesto una barrera infranqueable: la burocracia.

Tenemos el retrato de esta burocracia en infinidad de relatos de la mejor literatura rusa del siglo XIX: en Dostoievski, en Chejov, en Nekrasov, en Gogol. La pieza de éste, "El Inspector", es una sátira vivísima del efecto idolátrico que la burocracia y el funcionarismo ejercían sobre la pequeña sociedad provinciana de la Rusia contemporánea. Esa burocracia era una deidad. Era imposible destruir el poder y la sugestión que ejercía sobre la masa inculta o atrasada del pueblo ruso. Y los intelectuales arremetían contra este hecho, que inmovilizaba las fuerzas magníficas de que este pueblo estaba dotado.

Cuando la revolución estalla lo barre todo. Desde el Zar al último burócrata, todo es bandeado. Surge un Estado nuevo, dominado por una figura, Stalin, cuyas dimensiones humanas e históricas no habría igualado ningún Zar de la Historia. El poder que detenta es onnimodo, lejos del paternalismo que había creado en el pueblo la idea de que, en puridad, el Zar era el padre de todos. No obstante, el pueblo le sigue llamando "el padrecito". A eso le llama luego Kruschef el "culto a la personalidad". En realidad no era más que la transposición, a un hombre del pueblo, de las virtudes semidivinas que en otra hora había atribuido a los Zares.

Pero desaparecido Stalin, reaparece en la sociedad rusa la indestructible armadura sobre la que estaba hecha: la burocracia. Esta burocracia es ahora inmensa y llega hasta los más recónditos recovecos de la sociedad. Aquel funcionarismo contra el que se estrellaba en otro tiempo la inteligencia se ha adueñado de todos los resortes del poder. El "inspector" de Gogol es dueño y señor del Estado y artífice exclusivo de toda la sociedad. Domina las estructuras agrarias y la economía, las obras hidráulicas, la escuela, los oficios y la dimensión exterior de una gran Rusia agigantada. Entre esta dimensión exterior están la atmósfera y el cielo. La suprema revolución de la burocracia, contra la que batallaron los intelectuales a lo largo de más de un siglo, da origen a la técnica y a los Sputniks y se toma una colosal revancha contra sus detractores.

¿Qué hará la voz solitaria de ese vate campesino llamado Yevtushenko ante la victoria definitiva de los tecnócratas? El parece poseído por el mismo ardor de Dostoievski, cuando en el umbral de la muerte decía: «¡Levántate, profeta! Mira. Escucha. — ¡Penétrate de mi voluntad, — y recorriendo las tierras y los mares, — quema con tu verbo el corazón de los hombres!». Y aún parece que el corazón de estos hombres esté dispuesto a recibir el roce benigno de una cálida voz que no le hable de productividad ni de porcentajes, que dé la sensación de que el corazón humano es capaz de latir por sí mismo y sin estímulos económicos. Es sólo ésta, creemos, la sublección solitaria de Yevtushenko.

Nosotros, los llamados occidentales, damos al episodio de Yevtushenko un gran valor sustantivo, y nos agrada imaginar que es signo de una latente subversión interior u occidentalización de las estructuras soviéticas. ¡Qué gran error! Ello no indica más que la perennidad de unas constantes, que en Rusia desde hace siglos revuelven la voz humana contra la tiranía del funcionarismo. ¡Más si también nosotros poseyéramos un poeta! ¡Ojalá que en esta parte del mundo occidental y que en los otros emporios de la física nuclear y de la astronáutica asomara el rostro de un poeta! También ha cabido a Rusia la primacía, en el acontecimiento de colocar en órbita la voz solitaria de un juglar.